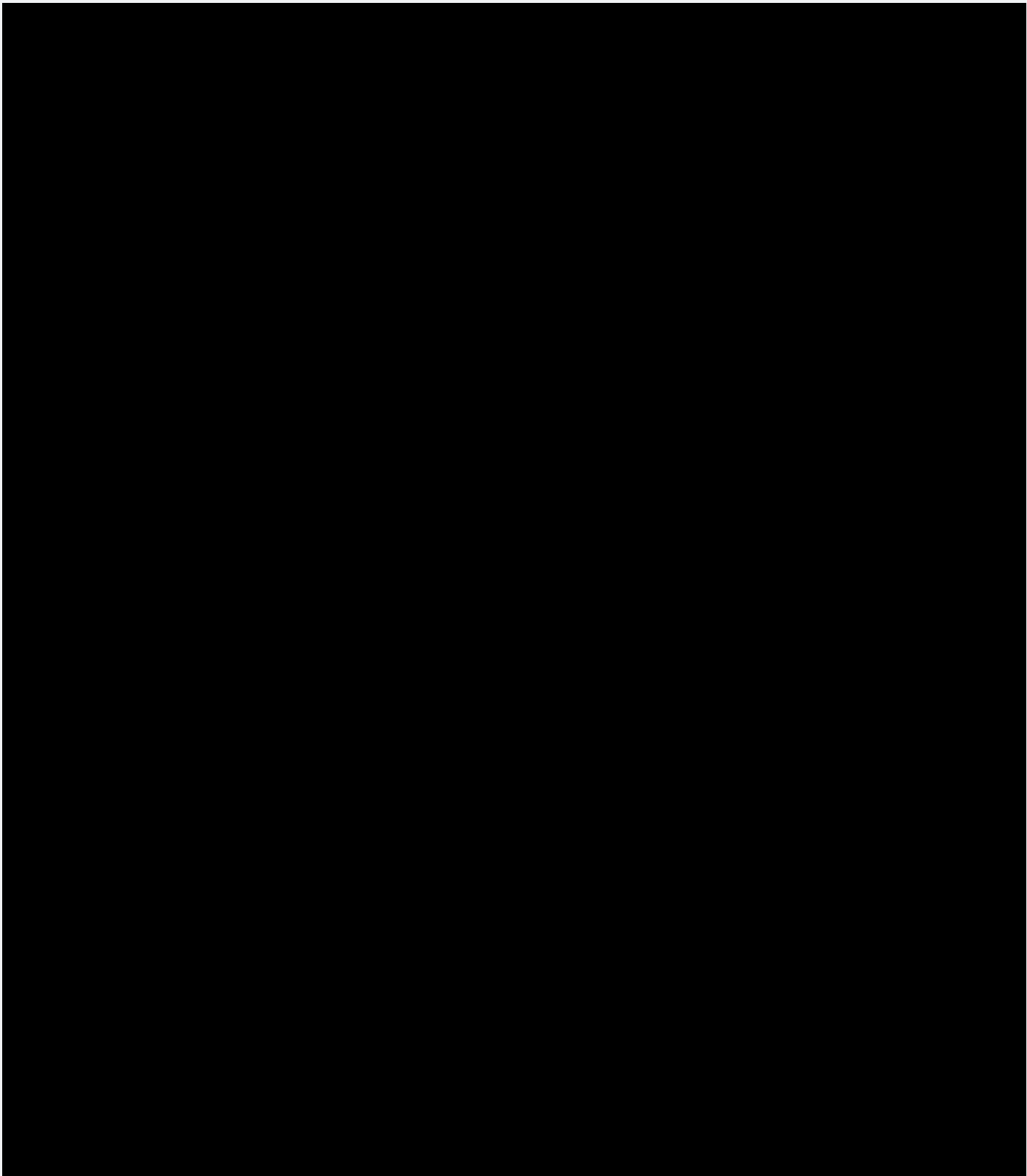


e	e	e	e	e	e	e	e	e
e	e	e	e	e	e	e	e	e
e	e	e	e	e	e	e	e	e
e	e	e				e	e	e
e	e	e		<i>r</i>		e	e	e
e	e	e				e	e	e
e	e	e	e	e	e	e	e	e
e	e	e	e	e	e	e	e	e
e	e	e	e	e	e	e	e	e

*devenir menor en lo arquitectónico:
politización y potencialidades
de resignificación espacial*



- Estudiantes del máster universitario en Ciudad y Arquitectura Sostenibles de la ETS Arquitectura de Sevilla, coordinados por el doctor arquitecto Carlos Tapia.

«Una práctica arquitectónica más política, la acción de unos revolucionarios que desmaterialice el mundo construido»: esta es la propuesta que se nos presenta en el libro *Hacia una arquitectura menor*. Su autora es Jill Stoner, arquitecta y profesora en la Universidad de Berkeley, California. En la introducción nos confiesa que parte del libro tomó cuerpo intentando decodificar sus propios proyectos, nacidos de un interés por trabajar con la arquitectura existente y las relaciones de poder en ella intrínsecas.

Sin embargo, el texto en ningún momento se articula como un manual de instrucciones o como guía para la identificación de estas arquitecturas. Al igual que *lo menor*, el libro de Stoner se cuela en las grietas imperceptibles de espacios y textos; es capaz de presentar distintas visiones de lo menor atendiendo al particular estado de seane del lector.

Stoner se apoya en la literatura y el pensamiento del siglo xx (Jorge Luis Borges, Paul Klee, Walter Benjamin, Michel Foucault, Giorgio Agamben) para tratar de derribar los cuatro grandes mitos de la arquitectura (la dicotomía interior/exterior, la autonomía del objeto, la heroicidad del arquitecto y el binomio cultura-naturaleza), con un discurso cuya expresividad y terminología se corresponden con el lenguaje utilizado en la arquitectura en la década de los noventa, pero que sirven como punto de apoyo desde el cual proponer una práctica que —entre otras posibilidades— lidie con las ruinas del siglo xx.

Los espacios o construcciones que propone como arquitecturas menores son, en su mayoría, espacios literarios, espacios de reclusión, o ambos. Lo que ponen de manifiesto estas arquitecturas menores es la intención de huida, el deseo de resistencia: son las líneas de fuga propuestas por Deleuze y Guattari, aquellas que conectan lo actual con el espacio de posibilidades; fugas que resisten todo tiempo lineal y que rechazan la idea de progreso. Es en el análisis que hacen estos dos filósofos de la obra de Kafka en el libro *Kafka, por una literatura menor* donde las arquitecturas de Stoner encuentran las características y puntos en común que las caracterizan. Una literatura menor es aquella que pertenece a un grupo en minoría —que puede o no tener su propia lengua, como el checo en el caso de Kafka— escrita en una lengua de mayoría (siguiendo a Kafka, el alemán). Se caracteriza por la *desterritorialización de la lengua*, la *articulación de lo individual en lo político* y la *enunciación colectiva*. Son estas tres características las que permiten a la autora tomar impulso para la desarticulación de los *mitos del interior, objeto y sujeto*, desarrollados cada uno como

un capítulo dentro del libro. La *reterritorialización* será la encargada de difuminar las fronteras entre cultura y naturaleza en un último capítulo más enfocado a la práctica arquitectónica como profesión. A lo largo del libro vemos cómo la *potencialidad* del espacio arquitectónico nace de los cuerpos que contiene y atisbamos la posibilidad de una arquitectura que se desarrolle mediante mecanismos de sustracción: aquí residen sus *multiplicidades* entrelazadas, en su deseo de huida hacia un *afuera* arquitectónico. Los cuatro capítulos son una invitación a considerar la arquitectura en su modo más literario, de forma que lo menor deshaga y transforme el espacio construido, las dinámicas y políticas que rigen la disciplina arquitectónica en la actualidad.

El desarrollo de lo menor dentro de la arquitectura comenzó a finales de los ochenta de la mano de la también arquitecta y profesora Jennifer Bloomer. El concepto surge en un momento en el que la influencia de autores posestructuralistas como Foucault, Derrida, Barthes o Deleuze es muy fuerte en teoría de la arquitectura. Por ello, aparece un nuevo conjunto de autoras, teóricas de la arquitectura, muy críticas con la disciplina y con un marcado discurso feminista, que desarrollan sus ideas y textos con material posestructuralista (Burns, 2013). Bloomer surge como una de las principales representantes de este movimiento y la arquitectura menor se inscribe dentro de sus textos, donde trata de desarrollar mecanismos para la *desarticulación desde dentro* de las constricciones presentes en la arquitectura.

El libro *Hacia una arquitectura menor* nos introduce a este concepto con prólogo y traducción de Lucía Jalón Oyarzun, arquitecta e investigadora española cuya tesis doctoral se titula *Excepción y cuerpo rebelde: lo político como generador de una arquitectura menor* (2017).

Stoner inicia cuestionándonos hacia dónde se dirige la arquitectura y, para responder a ello, encuentra acercamientos en las arquitecturas menores. Sin embargo, se nos advierte que su significado tiende a escaparse de las manos continuamente por su propia naturaleza dinámica y efímera. Así,



las arquitecturas menores se presentan como *movimientos* que rechazan los artículos definidos, espacios con una sutileza estética que los mantiene ocultos. No obstante, la autora invita a indagar en cómo se presentan las condiciones adecuadas para su *emergencia*.

En un momento en que el habitar contemporáneo se configura a partir de sistemas hipercomplejos, en el que el destino de la experiencia vivenciada ha mutado a una desorientación *normalizada* que nos envuelve, pero que es incapaz de representarse, determinada por los *modos* propios del capitalismo tardío (Jameson, 2012), las respuestas no reduccionistas se relacionan con la posibilidad de aparición de *lo emergente*. Es en estos contextos donde las arquitecturas menores se presentan como posibles respuestas ante urgencias presentes. Para ello, es crucial actuar no solo sobre las gramáticas arquitectónicas de un poder que actúa invisible pero presente y plasmando una sensación de los individuos en el espacio de un extravío permanente, sino, ante todo, sobre su *materialidad* o forma física.

Se trata de una arquitectura que, en su propia configuración múltiple, no puede comprenderse sino como arquitecturas menores, en plural, que pasan a menudo desapercibidas y se enriquecen al permanecer abiertas. Su potencialidad radica, por tanto, en el orden del *devenir*, por sus movimientos y los flujos que ellas posibilitan, independientemente de los resultados finales en cuestiones netamente arquitectónicas y en lo que refiere a lo técnico. «Lo menor señala y pone en valor ese devenir, y nos permite caracterizar y explorar las operatividades que emergen de su expresión» (Stoner, 2018, p. 07).

Stoner afirma que el lugar desde donde se movilizan las arquitecturas menores está en el *interior* de aquellas construcciones que logran ser reconocidas como puntos de emergencia. Pueden presentarse como las prácticas del antes, del durante y del después en la configuración del espacio arquitectónico. Así como la cronofotografía es la fotografía del movimiento, es decir, su significancia está en el cambio, las arquitecturas menores se fundamentan en su continuo proceso de *resignificación* de la *obra arquitectónica*,¹ en sus inmanentes movimientos y mutaciones, determinados y permitidos a la vez por sus propios efectos que siempre tendrán algo de inacabado, incompleto e imperfecto.

Dentro del espacio arquitectónico, la potencialidad presente en lo menor logra encontrarse determinada por su capacidad de habilitar la aparición de este tipo de procesos emergentes, imposibles de ser comprendidos de manera absoluta en sus variadas interpretaciones. *Hacia una*

arquitectura menor se presenta como un *soporte* técnico para el aparecer de estas arquitecturas, invita a trabajar desde el propio entendimiento y comprensión de aquellas dinámicas y estructuras por las cuales los seres humanos se orientan, establecen y organizan. Así, los *modos* de hacer arquitecturas menores se presentan como prácticas para *renaturalizar* estructuras y distintas *formas de vida*.²

El valor de estos procesos emergentes radica en lo que el filósofo francés Jean Baudrillard reconoce como respuesta frente a lo extremadamente banal, inmanente a este mundo saturado por los modos de producción y consumo capitalistas. Dicho en otras palabras, lo emergente se presenta en contraposición a «la indiferencia de las cosas a su propio sentido, la indiferencia de los efectos a su propia causa» (Baudrillard, 1988, p. 70). En este sentido, las arquitecturas menores son capaces de posibilitar la aparición de lo emergente y, al mismo tiempo, la conciencia sobre el potencial de lo emergente es fundamental para la habilitación de espacios arquitectónicos de este tipo. Por lo tanto, las arquitecturas menores no representan un simple resto de la arquitectura o contracultura profesional, sino una práctica alternativa pero arquitectónica *«per se, [...] que logre actuar y conferir existencia a esas potencias que se sabe presentes»* (Stoner, 2018, p. 13).

En el campo de la literatura existen acercamientos que conciden con las formas en las que las arquitecturas menores logran reconocerse como tales. Tan es así que la capacidad de emerger expuesta por John Paul Ricco (2002) en referencia a los «espacios itinerantes» se relaciona con los espacios intersticiales, intermitentes, nómadas e improbablemente situados que Georges Didi-Huberman (2012) describe como posibilidad de potencia para dar cabida a los resplandores inesperados —«luces menores»— que suponen la supervivencia de las luciérnagas.

De esta manera,

Asumir el fracaso no significa rendirse a la desesperanza, sino comprometerse plenamente con un presente que siempre desborda lo actual (y sus representaciones), y renunciar a obrar en función de aquellas abstracciones y códigos disciplinares que nos distancian de lo real (Stoner, 2018, p. 12).

El espacio arquitectónico menor posibilita el emerger de una política de reterritorialización organizada con base en aquello que no ha desaparecido completamente y, tal como expusiera Didi-Huberman (2012), especialmente en aquello que aparece *pese a todo*.

1 Juan José Lahuerta, en «Anti-iconos», *Pensando a mano...* (2014), expone que la *obra arquitectónica* se presenta como un modo de hacer, como proceso constante de cambio que logra anticiparse a la experiencia, cuya primera consideración es siempre lo que hay, y que logra resistirse a su valor como mercancía y valor de cambio. Por su parte, el *proyecto arquitectónico* se plantea como el fin al que se orienta

la práctica tradicional de la disciplina arquitectónica hegemónica con un fin establecido previamente en su propio ideal abstracto y racional, para el que pone en funcionamiento medios y materiales que permitan concretarlo.

2 En *De forma et vita. La arquitectura en la relación de lo vivo con lo no vivo* (2020), recogido en la bibliografía, se estudian distintas aperturas a este término que

es crucial para superar el humanismo y de relevancia clave en la arquitectura, reconociendo la oportunidad que se nos presenta para una nueva constitución de nuevas formas de vida, que conllevan modos de vida, y, para ello, se advierte sobre la conveniencia de evitar confundir modos con formas.

Así, las arquitecturas menores invitan a animarse a salir hacia lo incierto, no para volver a la quimera positivista y moderna de *edificar* una ciencia, sino para comprender y defender sus propias interpretaciones metodológicas y epistémicas de una realidad que se presenta relativa frente a múltiples verdades y, por ello, funcional a un poder cada vez más gelatinoso y camaleónico que se vale de ella para operar. Por lo tanto, se trata de abandonar el espacio totalitario que privilegia la interioridad a partir de aprovechar la potencialidad de este interior que huye de sí mismo, de comprender que «no hay interior, solo una multiplicidad de umbrales que expresan el deseo de la arquitectura de devenir exterior, de encontrar un afuera» (Stoner, 2018, p. 39).

Para ello, Stoner afirma que «no puede haber un lenguaje oficial de la arquitectura» (Stoner, 2018, p. 37); las arquitecturas menores se presentan como potencia para operar entre los espacios y arquitecturas dominadas por la hegemonía *haciendo sitio*, desplegando espacios emergentes y revolucionarios, atentos a sus propios deseos de huida. Al reorientar, a modo menor, el *carácter destructivo* de Benjamin, la destrucción deviene constructiva mediante líneas de fuga, materiales abyectos, construcción de objetos exteriores a la disciplina y en su imperceptibilidad, propia de operar bajo su consecuente lógica de *desterritorialización*, es decir, de desplazamiento espacial.

En una arquitectura en modo menor, el espacio interior, frágil y contingente, no encuentra oposición al exterior, sino que nace en el umbral de un devenir exterior motivado por su propio deseo de huida. Así, «situados en el umbral del interior, nos giramos y descubrimos líneas de fuga que atraviesan fronteras aparentemente sólidas e incitan a la arquitectura a volver sobre su propia inmanencia (menor)» (Stoner, 2018, p. 44).

De este modo, en el espacio político de las ciudades contemporáneas, las características determinadas para las prácticas arquitectónicas menores se manifiestan como respuestas tácticas frente al dispositivo *biopolítico* actual, el cual se amplifica en las configuraciones urbanas y en la propia producción de vidas separadas de sus *formas*, como vidas vulnerables a la violencia de la *soberanía* (Agamben, 2006).

«Si las formas del poder soberano producen el deseo de huir, el tejido arquitectónico, con su resistente materialidad, ofrece las oportunidades para dicha huida» (Stoner, 2018, p. 47). Así, Stoner se refiere a los interiores como los espacios pasivos, autorreferenciales y conservadores de esta soberanía, reconociendo, a través del axioma deleuziano,

que «la soberanía solo reina sobre aquello que es capaz de interiorizar» (Stoner, 2018, p. 60).

«Ante la Ley» es la parábola de Kafka, publicada en *El proceso* (1925), que configura los tres mitos que se intentan deshacer a lo largo del libro. En ella, la figura del guardián que protege la puerta de entrada a la Ley se presenta ante el campesino que intenta cruzar este umbral (hacia un interior en el que también se encuentra esperando a ser liberado) como si fuese «no solo el arquitecto de esa ley-objeto, sino el soberano de su interior» (Stoner, 2018, p. 30). Este guardián le explica que detrás de esa puerta lo esperan guardianes aún más terribles, que él es solo el más ínfimo de todos, haciendo que la percepción del campesino sobre su figura no sea ya tan temerosa. De esta manera, el campesino decide esperar el *permiso* para entrar y, por ello, queda atado a una *ley de una interioridad* que no le permite alcanzar el exterior que queda más allá de la puerta.

La figura del mito surge, entonces, por la propia intuición del campesino de que la Ley está al otro lado de la puerta, en su interioridad poderosa y soberana, custodiada por el guardián. Sin embargo, tal como resume Stoner, el campesino se encuentra *dentro* de su ley en vez de *ante* ella.

Frente esto se presentan las arquitecturas menores, para intentar difuminar estas fronteras y suavizar la dureza de cada segmento. Siguiendo a Walter Benjamin, quien planteara que forma y contenido, es decir, la envoltura y lo envuelto, son lo mismo, Stoner explica que las arquitecturas menores permiten aprovechar estos deseos de huida de un interior que busca convertirse (devenir) en su propio exterior y, a la vez, a las líneas de fuga para huir de las dos formas de interioridad (mitificadas) en las que se ha basado la tradición arquitectónica occidental y que Stoner reconoce en su libro: la *interioridad del espacio* (delimitación) y la *del tiempo* (permanencia).

Por lo tanto, ampliar nuestra propia realidad, aquella en la que trabaja la disciplina arquitectónica, entender que *lo real* no es solo la forma inmediata, medible y representable del lenguaje oficial, permite configurar los espacios arquitectónicos a partir de reconocer, justamente, la potencia de esas *nubes de imágenes virtuales* que la completan, habilitando esas fuerzas invisibles, incontrolables y profundamente determinantes para la propia composición de estos. Esta *resignificación de los límites de lo real* en la propia obra arquitectónica permite una *reterritorialización* capaz de elevar al grado de *político* las circunstancias de un individuo o colectivo.

Ante esto, el *cuerpo* cumple un rol central en las arquitecturas menores y, sobre todo, en su *deseo*. Tal como

plantea Jalón Oyarzun, estas se fundan sobre «cuerpos otros: cuerpos que desbordan sus límites y figuras, que se resisten a la clasificación, cuerpos monstruosos, que, como las criaturas de H. P. Lovecraft, se resisten a la representación y rechazan los nombres» (Stoner, 2018, p. 11). A lo largo de todo el libro, tal como se expone en el prólogo, Stoner refleja en sus relatos el acercamiento a una innumerable cantidad de cuerpos que permiten ir componiendo, poco a poco, los espacios que van desplegándose en y por sus propias acciones.

Así, se reconoce que las arquitecturas menores actúan dentro del cuerpo físico de la arquitectura y, desde este interior, establecen lo exterior como destino indirecto, como huida incierta. Sin embargo, tal como plantea Stoner, las transformaciones que ello supone pueden trascender la materialidad de estas huidas literales y los nuevos espacios en su condición de *efímeros e incompletos*, pueden llegar a *desaparecer* dentro de la imagen de su anfitrión mayor.

Para ello, el espacio arquitectónico en su modo menor y como cuerpo resignificado depende de la capacidad de dialogar con la memoria del lugar o el *anima locus* al que hiciera referencia Juan José Lahuerta (2014). Así, las arquitecturas menores operan en cuanto a esta memoria del lugar, tendiendo a una *obra arquitectónica* como vinculación de cuerpo, materia y resultado (Lahuerta, 2014), y, en esencia, del mismo modo en que Jean-Luc Nancy (Nancy y Piazza, 2006) ensaya en *El intruso*, abordando posiciones alternativas en cuestiones de inmunidad, tomando en consideración su propio cuerpo como el elemento resignificado.

En el mismo sentido que este filósofo francés *de(con)struye* su pensamiento para convertir en imperceptibles los límites de intrusos y extraños, fantasmas y huéspedes, a partir de la *desaparición* de la dualidad de ausencias y presencias en su mismo cuerpo (Nancy y Piazza, 2006), las prácticas arquitectónicas menores, a través de acciones políticas que silencian las aspiraciones heroicas en favor de una voz colectiva, abogan por un reconocimiento más amplio de la realidad, hacia un entorno más diverso y, por lo tanto, más inclusivo.

Continuando con su discurso, Stoner menciona los objetos visibles de la arquitectura actual, grandes edificaciones emplazadas en las ciudades, caracterizadas por su gran escala, imponentia, materialidad, aspectos formales y poder: «En medio de los océanos de aparcamiento de nuestras periferias metropolitanas, aparecen como barcas varadas, cargadas de mercancías» (Stoner, 2018, p. 79). Así, el mito del *objeto* arquitectónico está atado a

una forma de encierro determinado por la identificación entre objeto y mercancía. Ante esto, Stoner nos invita a revolucionar aquella filiación objeto-mercancía mediante medios políticos, físicos y sintácticos, a desobjetualizarla mediante líneas de fuga movidas por el deseo colectivo que pueden debilitar el objeto fisurando su hegemonía, agotándolo desde su propio interior.

La autoridad que delimita interiores también construye objetos, percibidos no solo por su forma física, sino también como *sistema de objetos*. Un claro ejemplo de la aplicación de este sistema fue en el proyecto nacionalsocialista, donde se objetualizaba a todos aquellos cuerpos que no se correspondieran con el ideal establecido; esa lógica dio lugar a los campos de concentración, en donde los nombres de los cautivos eran cambiados por números. En vez de segmentar como lo hacía el proyecto soviético-estalinista con su sistema de celdas estrechas, este sistema borraba la particularidad de cada individuo haciéndolo formar parte de un único *bloque*, ocultando sus cualidades y relaciones individuales en un objeto elemental, en un proceso de hacinamiento.

Un espacio repleto de elementos se vuelve un objeto que esconde sus singularidades, impidiendo su visibilidad. «Eliminar el espacio entre la gente impide la comunicación y la humanidad que esta trae consigo; por eso, puede hablarse de un proceso de objetualización a través de la abstracción» (Stoner, 2018, p. 86). Aunque parezca claramente desfavorable, aquella situación que impide la acción *política* puede devenir en un nuevo espacio de posibilidades, el lugar de donde las arquitecturas menores encuentren la oportunidad de emerger. Una de las características de la literatura menor definida por Deleuze y Guattari es que «su espacio reducido hace que cada problema individual se conecte de inmediato con la política» (Deleuze, Guattari y Aguilar Mora, 2008, p. 29). Es en la estrechez de los espacios, escondidos u olvidados, en donde se generan *resistencias* que pueden enlazar el deseo humano con la acción arquitectónica, desplazando fuerzas que pretenden rescatar y desplegar relaciones espaciales que antes permanecían ocultas por el poder totalizador. Espacialidades de resistencia que se oponen a los procesos de homogeneización y control establecidos por los poderes centrales.

Las arquitecturas menores tienen el potencial de dar apertura a una nueva experiencia, un nuevo modo de practicar el espacio, espacios de excepción que pasan el umbral de la *nuda vida* desde el interior del estado que lo somete, una resistencia como respuesta al encuentro entre

la supremacía y la inmanencia. Un edificio es un objeto arquitectónico que representa una pluralidad de elementos solidificados en un único cuerpo, aparentemente indiferente al cambio, un objeto pesado y estático, pero que, en ese estado inmutable, evoca en los cuerpos sometidos el deseo de subvertir esa perennidad.

El reconocimiento de que la realidad de los objetos de la arquitectura va más allá de su percepción física y que su espacialidad no viene limitada por las formas permite comenzar a desdibujar los límites que someten y objetualizan los espacios y construcciones. Entender la imposibilidad del objeto únicamente como mercancía, ocupando un espacio carente de uso —como los objetos de los que hablara Walter Benjamin (2005)—, posibilita la *aparición de grietas* que devengan forma o la *aparición de nuevos agentes* (humanos o no) que desterritorialicen el espacio.

Para encaminarnos a lo menor, Stoner nos propone ser imaginativos: una mirada imaginaria de la arquitectura hace olvidar su condición de objeto-mercancía, el objeto arquitectónico se desvanece en un espacio ciego que posibilita la capacidad de reinventarlo mediante líneas de fuerza. En el dibujo, las líneas trazadas a través de un objeto se consideran como este tipo de líneas, entendidas como aquellas que otorgan una nueva condición al objeto. Esto, llevado al campo de la espacialidad arquitectónica, hace referencia a las propias líneas de fuerza de las arquitecturas menores, que expresan el deseo de penetrar entre las estructuras preexistentes con el fin de *revolucionar el objeto* y su imponencia.

Una arquitectura menor es un devenir espacio más que un ser forma. Es un zumbido inalcanzable que nos aleja del aura marchita de la mercancía, la originalidad, la permanencia y la perfección para llevarnos a hacer la inmanencia y lo incompleto (Stoner, 2018, p. 105).

Para derrocar el mito del objeto, Stoner invita a mirar el espacio como un campo de juego, donde los juguetes sean las edificaciones que ya existen y se caracterizan por su aparente permanencia y condición de mercancía, y el juego sea la práctica de arquitecturas menores, una manera diferente de jugar, revolucionando las reglas de juego tradicional. Los jugadores no necesariamente deben estar ligados a la arquitectura: los protagonistas de este juego pueden ser cualquier persona que practica en un espacio donde existe el *deseo* de cambiar las cosas que se establecen como ley absoluta, una actitud subversiva

que se inmiscuye en las fisuras de *lo normalizado*. Jugar es un verbo, un juguete es un sustantivo, y se podría decir que los jugadores somos todos o, por lo menos, estamos invitados a serlo.

Veinte años atrás, Jennifer Bloomer planteaba dos caminos para la exploración de lo menor: un acercamiento a través del embellecimiento artificial y simbolista del lenguaje, al estilo de James Joyce (fuerte y principal influencia en la mayoría de textos desarrollados por la autora en la época de los noventa), como en su libro *Architecture and the Text: The (S)cripts of Joyce and Piranesi* (1993), y otro enfoque kafkiano, donde el lenguaje se empobrece hasta el punto de la sobriedad. Este empobrecimiento convierte el texto en una serie de balbuceos, de repeticiones de citas, una amalgama donde toda traza de autoría queda marcada únicamente en el ensamblaje de dicho conjunto. Es cuando el lenguaje arquitectónico toma esta vía menor que comienzan a aparecer redundancias que permiten hacer extraño lo familiar; las repeticiones visuales y materiales atraen la atención a *puntos de fuga antes invisibles*: se disuelven y deshacen fronteras que permiten que lo construido, inerte y pasivo, reaccione ante estos deseos de huida. Este lenguaje desprovisto de estilo enmudece al autor, algo diametralmente opuesto a la arquitectura a la que estamos acostumbrados, donde la identificación entre arquitecto-*sujeto* y arquitectura-*objeto* es cada vez más difícil de discernir.

El arquitecto se ha convertido en una estrella mediática más; la construcción de arquitecturas de autor refleja un deslizamiento que ha habido entre cualquier pasado como arte colectivo de la arquitectura hacia una posición que refleja e imita las dinámicas presentes en los modelos de consumo. Stoner demuestra cómo esta ascensión del arquitecto a celebridad es relativamente reciente con el ejemplo de Louis Kahn, que murió sin que nadie reconociese su obra, viniendo el reconocimiento *a posteriori*. La obra de Kahn tiene mucho de los atributos de una posible arquitectura mayor, es una obra monumental, de corte clásico, inscrita en el modernismo... Sin embargo, expone Stoner, las obras de Kahn hablan de colectividad, albergaban las instituciones para las que eran diseñadas y a ellas pertenecían.

Es este reflejo de *lo colectivo* que se pierde en los edificios cada vez más altos, cada vez *más sostenibles* y cada vez más paramétricos. Objetos sin tiempo que, sin embargo, conforman nuestro urbanismo contemporáneo y que, por ello, son susceptibles de acciones menores. Stoner utiliza

dos textos de J. G. Ballard protagonizados por arquitectos: *Rascacielos* y *La isla de cemento*. Es el primero el que nos sirve para identificar la correlación entre el arquitecto y la arquitectura, donde la destrucción y el derrumbamiento del edificio son paralelos a los del arquitecto. Las arquitecturas menores no *de(con)struyen* únicamente el objeto y las relaciones de poder sobre las que se sostienen: es necesaria la disolución del arquitecto como sujeto. Lo imprevisible y efímero de estas arquitecturas hace que las intenciones del autor se vean sometidas al deseo que rescata lo material y lo constructivo.

Si lo menor es anónimo, cabe preguntarse cómo deviene menor un arquitecto. Si tomamos el enfoque relacional que desarrolla Ricco (2002) sobre lo menor, podríamos decir que la enunciación colectiva nace como producto del rechazo al *yo*, al reconocimiento y a la validación entre uno y sus acciones. Dejar atrás toda *expectativa de éxito y reconocimiento*, aceptar la posibilidad de la *obra abierta y mutable* o concebir el *fracaso como un posible punto de llegada* podrían ser un comienzo para el devenir menor del arquitecto.

Así nos lo plantea Stoner al final de su libro, en el último capítulo, el más propositivo: el dedicado a la *reterritorialización*. La autora reconoce la «complejidad y saturación de los ensamblajes, las gramáticas y las normativas» (Stoner, 2018, p. 143) que residen en el campo de la arquitectura actual. En este escenario la *ruina* ya no es generada únicamente por el deterioro relativo a la permanencia en el tiempo y al uso: se crean ruinas constantemente, productos del «abandono de proyectos, agotamiento de capitales financieros o decadencia del orden simbólico» (Stoner, 2018, p. 148). Toma aquí el primero de los posibles caminos prácticos que surgen de la teorización y exposición de su arquitectura menor: la desestabilización de la arquitectura tomando lugar en las ruinas de este siglo, en las afueras de las ciudades, centros comerciales y torres financieras caídas en el olvido y el desuso, apenas una decena de años posteriores a su construcción. Se caracterizan estos lugares como escenarios de posibles *insurgencias menores*, sin grandes dispositivos, escenas en las que ocurrirían agenciamientos en lugar de ensamblajes. Objetos desde los cuales desmitificar objetos y sujetos, interioridades deviniendo exteriores.

Este estrechamiento de posibilidades de lo menor a los espacios de las afueras de grandes metrópolis o de espacios altamente urbanizados puede parecer un derroche de todo el potencial que presenta *lo menor* en la arquitectura ante

el desarrollo literario de los capítulos anteriores. Pero no olvidemos que Stoner presenta este libro como propuesta para considerar la innumerable cantidad de posibilidades que pueden desplegarse a través de esta nueva mirada. La dedicación que la autora hace en el último capítulo a un escenario tan característico de las grandes urbes de su país podría ser tomada, por cada lector o lectora, como una invitación a ampliar la realidad de su propio contexto y discernir cuáles son, en su entorno arquitectónico, los espacios con esa potencialidad de resignificación, oculta —virtual— pero poderosa, y cómo podrían ellos, ellas y los espacios *devenir menores*.

- AGAMBEN, G. (2006), *Lo abierto: el hombre y el animal*, Valencia: Pre-Textos.
- BAUDRILLARD, J. (1988), *El otro por sí mismo*, Barcelona: Anagrama.
- BENJAMIN, W. (2005), *Libro de los pasajes*, Madrid: Akal.
- BLOOMER, J. (1993), *Architecture and the Text: The (S)cripts of Joyce and Piranesi*, Yale University Press.
- BURNS, K. (2013), «Becomings: Architecture, Feminism, Deleuze - Before and After the Fold», en *Deleuze and Architecture*, Edinburgh University Press, pp. 15-39.
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F., Y AGUILAR MORA, J. (2008), *Kafka, por una literatura menor*, Ciudad de México: Era.
- DIDI-HUBERMAN, G. (2012), *Supervivencia de las luciérnagas*, Madrid: Abada.
- JAMESON, F., Y SÁNCHEZ USANOS, D. (2012), *El postmodernismo revisado*, Madrid: Abada.
- LAHUERTA, J. J. (2014), «Anti-iconos», en *Pensando a mano. La arquitectura de Flores & Prats*, México: Arquine.
- NANCY, J. L., Y PIAZZA, V. (2006), *El intruso*, Buenos Aires: Amorrortu.
- OYARZUN, L. J. (2017), *Excepción y cuerpo rebelde: lo político como generador de una arquitectura menor*, tesis doctoral inédita, Universidad Politécnica de Madrid.
- RICCO, J. P. (2002), *The logic of the lure*, Chicago: University of Chicago Press.
- STONER, J. (2018), *Hacia una arquitectura menor*, Madrid: Bartlebooth.
- TAPIA, C. (2020) (coord.), *De forma et vita. La arquitectura en la relación de lo vivo con lo no vivo*, Sevilla: Athenaica.